

de Austria en la batalla del golfo de Lepanto. Envióla el señor Felipe II, porque en su tiempo se dió principio a esta fortaleza.» Todo es historia que se adhiere a la piedra, todo es leyenda que se desprende de la historia. Como ésa del diablo que se llevó por los aires a un centinela porque se había enamorado de la novia del soldado. ¿Que no lo creéis? Pues nadie dejará de mostraros, irrecusable testimonio, la Garita del Diablo. Y con respeto...

Pero no sólo dejó España la huella guerrera. También de su fe quedaron trazas patentes en los primeros templos católicos que vió alzarse el Nuevo Mundo, en la iglesita de Porta Coeli, en San Germán, o en la capilla de San José, en la capital, cuyo crucero muestra hermosas bóvedas del siglo xvi, en un gótico tardío. En ella se conservaron, hasta su traslado a la catedral, los restos de Juan Ponce de León, el ilusionado buscador de la perpetua juventud.

La hora ya lejana del comienzo persiste, empero, en ese contraste de las reliquias evocadoras, junto al pulso moderno del presente. Fuertes y conventos—toda la España del Descubrimiento y la Conquista—cuyos cimientos datan del siglo xvi conservan viva la tradición hispánica, y el fuerte de San Jerónimo o el viejo convento de Santo Domingo, el fuerte de San Antonio o el Boquerón, el Palacio Arzobispal o la Caleta de las Monjas, la Alcaldía o la Casa Blanca, residencia ancestral de los Ponce de León, que forma parte del fuerte Brooke, tienen el hechizante signo del pasado, la gravitación de una fábula de secular vitalidad, cuyo embrujo se adueña del viajero, poblándole de reminiscencias, como si de pronto, frente a las olas espumeantes que castigan dulcemente las orillas, fueran a reaparecer, remotos e imposibles, aquellos extraños velámenes que iniciaron la aventura americana.

Y se empoza alma adentro, salpicada de espuma y de sol, esa pátina de nostalgia que dejan detrás suyo los grandes imperios cuando se desmoronan.—DORA ISELLA RUSSELL.

EN CAMPOS DE ZAFIRO PACE ESTRELLAS

(A PROPOSITO DE «RITOS Y JUEGOS DEL TORO»,
DE ALVAREZ DE MIRANDA)

Este libro (1) me parece—y estoy seguro que no sólo a mí—no ya muy bueno, sino, lo que es más, necesario, casi diría inevitable. Y el servicio que el autor prestó al hacerlo, y ahora su viuda al tra-

(1) ANGEL ALVAREZ DE MIRANDA: *Ritos y juegos del toro*. Madrid (Taurus), año 1962.

ducirlo (originalmente estaba en italiano), y sus fieles amigos al editarlo y—en cuanto a las notas—completarlo, no será nunca bastante agradecido.

Se trata de una tesis presentada en Roma por el inolvidable autor (de ahí que fuese originariamente en italiano), una parte de la cual (o mejor, de sus trabajos previos y complementarios) había sido ya publicada en español por aquél y recogida en el volumen II de sus *Obras* (2) y ahora —recuperada entre sus papeles por su viuda— se publica íntegra.

Después de esta breve aclaración se preguntará el lector: ¿por qué decir que es necesaria e inevitable? ¿Por qué tanto agradecimiento? Y como el movimiento se demuestra andando, vamos a andar; primero, resumiendo lo que el libro dice; luego, reflexionando sobre ello. Creemos que al final quedará claro que no exageramos en el juicio inicial, y —sobre todo— muchos lo leerán y algunos continuarán (continuaremos) la línea de trabajo tan magníficamente iniciada aquí.

I

¿Qué mejor resumen que el que hace el propio autor? Empecemos por transcribirlo tomándolo de sus propias «Conclusiones finales» (páginas 209-11):

«Independientemente de la posible luz que el estudio presente pueda aportar a los diversos aspectos concretos examinados, se pueden resumir las conclusiones generales sobre el papel del toro en la historia de las religiones.

Las religiones antiguas han utilizado este animal, al igual que tantos otros animales apreciados, como *víctima* en los sacrificios; independiente de esta utilización del toro para fines de carácter religioso, lo han elegido a veces como objeto de culto, ya bajo la especie de la diversa potencia animal en sí misma, ya como encarnación de la divinidad en ciertos sujetos de la especie bovina, que en muchos casos ha evolucionado hasta concebir al animal como un mero símbolo de la divinidad, un heraldo o un servidor de ella misma. La acentuada evolución del teriomorfismo hacia el antropomorfismo en la religión antigua señala inexorablemente el progresivo empobrecimiento del toro como figura religiosa.

Hay otra dirección en la que el toro a veces alarga su vigencia, como, por ejemplo, en ciertas religiones místicas. Su función está ahora vinculada al sacrificio y a la fertilidad, y se basa en la con-

(2) Madrid (I. O. H.), 1959.

cepción arcaica del valor mágico fecundador de la sangre. En esta línea el toro no está solo, porque tanto su sacrificio como su sangre son los valores que comparte con otros animales y con el hombre. No obstante, la transfiguración sociológica que es propia de las religiones místicas, el toro ha sobrevivido a veces como tantos otros elementos arcaicos, y sólo perdura en ellas como elemento simbólico y ligado al sacrificio.

Una tercera dirección religiosa en la que el toro parece haber prolongado su presencia es la que hemos aquí perseguido, y que se resume como intuición de su potencia mágica en orden a la generación humana. Así como en el círculo de intereses vinculados al mundo vegetal, el toro comparte con otros animales los prestigios de la fertilidad ligados a la sangre, en este campo el toro goza de una situación aristocrática. El es el fecundador *κατ'εξοκην*, y su valor no se vincula a su aniquilamiento sacrificial, sino a su presencia y a su contacto. De aquí surge una serie prácticamente ilimitada de tratos mágicos del toro, capaces de pervivencia, aun en el ámbito de las religiones nacionales; otras veces paralelamente, bien que independientemente de las religiones místicas, pero siempre en el estrato de la magia, de la religiosidad popular y de las creencias especialmente femeninas.

Este tratamiento mágico del toro es de una radical degradación desde el punto de vista religioso. Si en las religiones nacionales el toro sólo puede perdurar como símbolo, y en las místicas, como víctima, en la magia popular, el toro sólo puede mantenerse a condición de transformarse, de desaparecer como objeto religioso, introduciéndose en la esfera profana. El germen lúdico que posee por naturaleza favorece este tránsito. Al no existir ninguna referencia a la divinidad, fenómeno frecuente en la magia, se llega a perder la conciencia del carácter religioso del antiguo rito, y esta pérdida de conciencia religiosa, unida al creciente descubrimiento del valor de su carácter lúdico, termina por encuadrar al toro en la esfera profana. Es un proceso lento y poco claro, cuyas etapas intermedias son siempre difíciles de precisar. Nunca se efectúa totalmente; su órbita completa se desarrolla enteramente sólo en momentos y lugares especialmente adecuados y con carácter excepcional, en ambientes dotados de una gran tenacidad conservadora del elemento arcaico.»

II

La «tercera dimensión» y su «degradación» que ahí se nos indican son el origen de la rama popular—casi diríamos «plebeya»— de las corridas («vaquillas», «toros enmaromados», «toro de fuego», etc.), y

el autor apunta que sería un error derivar, sin más, de esto toda nuestra actual tauromaquia. Y por lo demás—como ya se ha visto en el «remotamente» del final de las «Conclusiones»—excluye una derivación directa de las muy antiguas altas culturas (sobre todo Creta, pero también Egipto, Mesopotamia) o incluso del mundo helénico, y no digamos de los «moros». Lo que sí hay es un fondo común—euroafricano, mediterráneo—del que, por procesos muy largos y complicados, derivan unos y otros.

La raíz es un conjunto muy viejo de rituales de fecundidad humana—de bendición nupcial, en muchos casos—vinculados al horizonte del neolítico pastoril, conservados en medios muy arcaizantes y «venidos a menos» en la doble forma de la superstición y del juego. A la luz de esto—y esto parece certísimo por la aplastante masa de datos folklóricos (véanse todos los capítulos, II y III de la primera parte) que aporta y por las comparaciones con el Mediterráneo antiguo, etc., en la segunda parte—resulta factible revisar toda la temática sobre el origen de las corridas de toros. Pero—anticipando—hay algo muy claro; sólo una parte de la tauromaquia que ahora tenemos puede derivar de ahí. Ni la muerte del toro (esta más antigua manipulación no comporta nunca tauroctonia), ni el empleo de caballos, picas y rejones; ni el de la espada, ni la pluralidad de toros, ni el carácter «profesional»—hoy ampliamente publicitario y mercantil—pueden salir directamente de ahí. La capa, las banderillas, el hecho de torear a pie y la procedencia popular (o incluso «plebeya») de una parte de los toreros profesionales—la mayoría de los de a pie y todos los picadores, a diferencia de la más aristocrática de los rejoneadores—vienen de ahí. Pero otra parte—caballos, picas y rejones, procedencia de los rejoneadores—viene de otra cosa, ya veremos luego de cuál; en cuanto al empleo de la espada como instrumento de muerte y el color rojo de la capa (como después la construcción de plazas y la publicidad, o antes, la incipiente profesionalización) son producto ya del contacto entre dos corrientes distintas.

De la breve pero densa y severa revisión a que se somete en el capítulo segundo de la primera parte la multiplicación de teorías sobre el origen de las corridas, se desprende que—a partir de mucha fantasía irresponsable—sólo un par de veces (así, de modo expreso, aunque algo difuso, el marqués de San Juan de Piedras Albas, y con una breve y prudentísima alusión el gran Cossío) se ha visto que allí había varias cosas, y que las más antiguas se deberían hallar en las capeas, vaquillas, toros enmaromados, etc., y no en la tauromaquia y tauroctonia en sus formas plenas. Es más, el aspecto más aparentemente «ri-

tual», «sacrificial» y «sacral» de nuestro toreo—la muerte, la «hora de la verdad»—, que ha deslumbrado y despistado a tan grandes espíritus (Ortega, Landsberg), es de origen *reciente y puramente lúdico-profano*.

Ahora bien, ya desde muy antiguo—por ejemplo, un hombre de la magnífica claridad mental de Jovellanos— se había visto que en el toreo de muerte, en el empleo de rejonos y caballos, etc., había una corriente aristocrática medieval que, sin exactitud en cuanto a la persona, pero sí con certera puntería cronológica, se asignaba a la época del Cid (recuérdese uno de los pocos poemillas legibles del xviii, el de Moratín «Fiesta de toros en Madrid»). En efecto, los documentos que los mejores historiadores de este arte—el mismísimo José María de Cossío—aducen son de esa época—finales del siglo xi—; en ellos se ve torear a caballo y matar con lanza o cosa parecida, y sólo nobles. Es interesante—y señala cierto punto de articulación con el más arcaico y originariamente ritual toreo rústico—que al principio se celebrasen estas tauroctonias sólo con motivo de bodas reales (y en este contexto han seguido celebrándose hasta el final mismo de la Monarquía).

Así, pues, creemos honradamente poder reconstruir la historia de la siguiente forma:

1.º Existen antiquísimos rituales de fertilidad nupcial vinculados con juegos taurinos; el mismo folklore medieval (*Cantigas*, figuras en Silos, continuidad de recuerdo en Lope) y moderno (véase todo el capítulo tercero de la primera parte)—tanto español como mejicano—lo conservan bien vivo.

2.º Estos rituales son de tipo «corrida» en sentido estricto—a pie y sin muerte, con capa («La capa de paño pardo» de Peribáñez o las sábanas de boda, no la capa roja), banderillas, un solo toro, en la plaza o eras del pueblo, siempre en relación con bodas—o secundariamente—, fiestas de cosechas o primeras misas.

3.º Estos juegos son antiguos ritos parcialmente desacrilizados—no es nunca claro el límite—, ya sea en el sentido de «magia autónoma» y superstición, ya en el puramente diversivo, lúdico, etc.

4.º Su raíz es neolítico-mediterránea, parientes, pues, pero no derivados, de lo cretense, etc.

5.º Ciertas formas laterales y parciales de origen indoeuropeo (aquí, celtibérico) o de alta cultura (etrusco-griega, vía Roma) han dejado poca huella y casi puramente arqueológica.

6.º Debe excluirse toda derivación directa de la caza o del totemismo, toda vinculación genética (filiación, aunque haya parentesco) con Creta, Egipto o Roma y—mucho más—con los omniexplicativos «moros».

7.º De aquí pasan a las mal llamadas «corridas» actuales (en realidad, tauromaquias y tauroctonias) los elementos que antes se han indicado.

8.º Este paso se produce, por el trámite de la profesionalización del toreo plebeyo, en la época barroca, al degradarse y degenerar el toreo medieval (a caballo, con lanza, tauroctonia, sólo inicial y ceremonialmente vinculado a bodas reales) aristocrático.

9.º Este—a su vez—es de origen agonal, lúdico, nada (o sólo indirectamente) sacral, y aunque tenga remotos orígenes indoeuropeos, aquí brota como planta espontánea del clima heroico-deportivo, caballeresco de la época romano-gótica.

10. El cruce de las dos corrientes produce el fenómeno del toreo que hoy conocemos. Pero este toreo no sólo acumula los rasgos de los dos anteriores (de esto ya hemos dicho algo antes), sino que los modifica: así, la «espada» es de origen aristocrático (como lo es el hecho de matar el toro), pero su empleo no es a pie, ni lo uno ni lo otro, sino una modificación de la técnica de tauroctonia aristocrática (lanza) por el rodeo de instrumentos plebeyos originariamente no procedentes de la corrida, sino del matadero (machetes, puntillas), y el color rojo de la capa es una funcionalización racionalizada de la antigua capa, etc.

III

Esto de los toros—«sacro misterio de España» lo llamó, ya hace más de veinte años, el presente comentador, repitiendo ecos de Ortega, Landsberg y quién sabe cuántos más, mejores y mayores que uno mismo—nos afecta a todos. Nos guste o no, y a mí me gusta—entendamos o no—, y yo no entiendo—no hay español que, a favor o en contra, no se haya visto obligado a tomar postura ante ello. Y como dijo Aristóteles, y dijo bien, que la mejor manera de comprender algo es verlo nacer, este libro, que nos lo pone ante los ojos en el momento mismo de su nacimiento, era necesario, y después de tantas cosas grandes (poesía de Lorca, pensamiento de Ortega, erudición de Cossío) resultaba ya inevitable.

Pero no sólo para los españoles. Gran acierto del inolvidable amigo el hacerlo en Italia, tierra cuyo nombre viene del toro joven, del novillo (Uitulus), en el centro del mar Mediterráneo—el mar de Creta y Egipto, el mar de Zeus, que en campos de zafiro pace estrellas.

Porque no sólo la raíz última de nuestra entrañable (entrañable, ya sea con entrañas de amor o de odio) fiesta, sino otras muchas cosas reciben iluminación en este, por tantos títulos, ejemplar trabajo. Señalaremos algunas:

Hay dos provincias—dese a esta palabra el sentido más extenso— en el modo de ver el Toro (le pongo inicial mayúscula voluntariamente, intencionadamente); Egipto, donde el Toro es, ante todo, fecundidad, paternidad (podríamos llamarlo la provincia Euroafricana), y Mesopotamia y sus adyacencias (llamémosla provincia Euroasiática o Asiánica), donde el Toro es, sobre todo, la Voz, la presencia de lo divino. En Creta—como era de esperar, dada la geografía y la cronología de esa cultura—parecen cruzarse las dos (así, nuestro viejo amigo, el mentido robador de Europa, de gongorina memoria, es al tiempo las dos cosas) y—por otra parte—, como era de esperar del «genio» rocó y saltarán de la misma, donde—aquí creo que lo demuestra el autor convincentemente—se empieza a convertir en juego.

Y luego las religiones místicas (objeto de otro óptimo trabajo del mismo escritor) reaniman los componentes arcaicos, dándoles mayor gravedad (3). Pero viene el indoeuropeo con su lanza y su caballo, con su espíritu agonal, con su estructura aristocrática, e inventa la tauromaquia, la tauroctonia, y entre todos—incluida la racionalización funcional del siglo XVIII y el gusto publicitario de nuestro tiempo—llegamos a donde hemos llegado. Y tantas cosas importantes-suovetaurilias, tauro y criobolios, rapto de Europa y Minotauro, Pasifae, muchos ritos africanos (Africa, ¡gran reservorio de Creta!, en parte, y no obstante sus fantasías, Frobenius tenía razón), diferencia entre la asociación Mujer-Toro y la asociación Hombre-Caballo (Kornemann *dixit*), etc., quedan claras en este libro.

Habría ahora que ampliar el horizonte en varias direcciones. No se vea en esto objeción, sino lo contrario. La temprana muerte del autor (1957) le impidió poder utilizar datos y resultados que, o bien por haber sido publicados después del inicio de su larga, dolorosa, valientemente soportada enfermedad, o bien por no haber llegado a su conocimiento, al tiempo de redactar esto, no se reflejan aquí. Los anotadores han ampliado bastante la información—y hay que agradecerlo—, pero no basta; trataré de indicar algunos caminos de posible ensanchamiento y profundización del estudio.

1.º La vinculación Mujer-Toro es mucho más antigua de cuanto podría parecer cuando se redactó esto. Leroi-Gourhan la señala (claro que en un contexto muy diferente) en el Paleolítico Superior (lo mismo, por otra parte, que la conexión Hombre-Caballo). Convendría seguir esta pista. A simple vista es «convergencia» o «reconvergencia»; pero visto—por ejemplo—lo ocurrido con la figura de la Madre des-

(3) *Las religiones místicas*. Madrid (Revista de Occidente), 1961.

pués de los trabajos de James, Crawford, Neumann, etc., y de resultar que Pestalozza tenía razón, valdría la pena de hacer algo.

2.º El Toro de Mitra se enlaza con las figuras «Dema», después de Jensen y Lanternari (cuyo trabajo no pudo alcanzar a ver Alvarez de Miranda), tampoco esto puede «quedar así». Quizá haya que buscar en la India prearia, oscura cosa.

3.º Alvarez Miranda indica óptimamente—buen discípulo de Pestazzoni y bien influído, como todos nosotros, por Eliade—el tardío proceso de astralización; pero, visto Zerries, ciertas cosas de cazadores muy primitivos recogidas por Jensen, etc., ¿no habría que reconsiderar esto y pensar si no habrá habido otra astralización anterior?

4.º Todo lo cual nos lleva a lo siguiente: ¿no habrá habido un Toro cratofánico, portador de Sacralidad, para los Cazadores—cuyo eco resuena aún en Mesopotamia (algo de eso se indica aquí, en las transcritas «Conclusiones») y en la expresión inglesa *bull-roarer*, de tan amplia resonancia etnográfica (toros pintados en Lascaux o Altamira)—, y «otro Toro»—el toreado aquí tan diestramente por Alvarez de Miranda—, de los agricultores y pastores neolíticos. Y entonces, ¿qué relación hay entre los dos?, etc.

5.º En el orden sociológico habría que hacer dos grupos de observaciones: uno, sin la menor importancia; pero otro, no tanto.

¿Por qué al hablar de la «composición» social del Toro presente se le escapa al autor este curioso hecho: si bien el picador es, generalmente, plebeyo (no sólo por su extracción, sino por su estimación, a diferencia del matador, no siempre «plebeyo» de origen y siempre más o menos «ennoblecido» en el ejercicio de la profesión), en cambio el rejoneador es siempre aristócrata, otro hecho análogo—y al que tampoco alude—es la presencia de la Mujer a caballo rejoneando, y con éxito, en nuestro tiempo. Estas objeciones por omisión no tienen la menor importancia; lo que viene ahora ya es más importante y no es en modo alguno objeción, sino necesidad de ampliar lo que aquí inteligentemente se inicia; la relación entre los públicos de ambas clases de toreo a lo largo del tiempo—y sobre todo—; si en el toreo «noble», aunque brotado de modo orgánico y espontáneo del ambiente agonal del siglo XII, no hay efectiva conexión (aunque discontinua, mediante «latencias») con formas indoeuropeas (los tracios, ciertas figuras celtibéricas) mucho más antiguas. Parece, por ejemplo, que el autor no saca todo el jugo a la pérdida lápida de Clunia y a la otra estela circular del mismo sitio que aquí trae en las láminas III y IV.

6.º Hay muchas cuestiones laterales—relación con lo etrusco y lo cretense o en general lo paleomediterráneo, formas de Africa oriental,

India prearia y del Sur y Sureste asiático (esas áreas megalíticas-circumpacífico-índicas tan enormemente cargadas de interés) y de «sustrato» (conexiones entre el comienzo de la «domesticación» y los juegos más antiguos) que la falta de tiempo y el nivel de los conocimientos cuando se redactó la tesis impiden tratar; tristísimamente la muerte del autor, no permite que sea él quien los explore; a ver si otros—su fiel anotador Blázquez, Caro Baroja, cuyo emocionado prólogo abre dignamente este libro, y hasta ¿por qué no?, yo mismo—lo hacemos.

La traducción es admirable; revive el estilo—el magnífico estilo—castellano de Alvarez de Miranda, y es, salvo un curioso y muy explicable y disculpable despiste en las páginas 73-4, impecable. ¡Ay!, de la impresión no podemos decir lo mismo.

IV

Toda la historia del Toro—voz divina, padre y símbolo de paternidad, objeto lúdico agonal, astralización—viene bien en un verso de Góngora. Y con él terminaremos para dar un fin digno—en verso—al comentario a tan cumplida prosa:

en campos de zafiro pace estrellas.

CARLOS ALONSO DEL REAL Y RAMOS

CUENTISTAS IBEROAMERICANOS (*)

Con su antología *Cuentistas iberoamericanos* (Norstedts), Arne Lundgren ha abierto la perspectiva hacia un grupo literario que ha estado representado muy tacañamente en nuestras listas de libros. Un

(*) Acaba de aparecer, en edición de la Editorial Norstedts, de Estocolmo, la antología de narradores iberoamericanos, *Cuentistas iberoamericanos* (Latinamerikanska berättare), Estocolmo, 1963, que en 405 páginas de lectura incluye treinta y ocho autores de los países que a continuación se indican:

Argentina: Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea y Ezequiel Martínez Estrada; *Bolivia:* Augusto Céspedes; *Chile:* Enrique Campos Menéndez y Marta Brunet; *Colombia:* Hernando Téllez y Pedro Gómez-Valderrama; *Cuba:* Enrique Serpa, Alejo Carpentier y Lino Novás Calvo; *Ecuador:* Jorge Icaza y José de la Cuadra; *Guatemala:* Miguel Ángel Asturias y Mario Monteforte Toledo; *México:* Mariano Azuela, Francisco Rojas González y Carlos Fuentes; *Paraguay:* Augusto Roa Bastos; *Perú:* José María Arguedas, Ventura García Calderón y César Vallejo; *Puerto Rico:* René Marqués; *República Dominicana:* Juan Bosch; *El Salvador:* Salarrué; *Uruguay:* Horacio Quiroga; *Venezuela:* Rómulo Gallegos y Arturo Uslar Pietri; *Brasil:* Machado de Assis, Monteiro Lobato, Castão Cruls, Graciliano Ramos, Mario de Andrade, Annibal M. Machado, José Lins do Rego, João Guimarães Rosa, Lygia Fagundes Telles y Dalton Trevisan.

La selección, presentación y estudio de cada uno de los autores han sido hechos por el escritor sueco Arne Lundgren, y las traducciones, por Erik Gyberg, Arne Lundgren, Erik Michaëlsson y Per Rosengren.